

LA RAZON DE LA SOBERANIA

René Zavaleta Mercado
Pablo González Casanova

El enemigo fundamental de los pueblos de América Latina es el imperialismo yanqui.

En su nombre se concentran todas las más vesánicas y oscurantistas fuerzas del capitalismo y de la reacción del mundo. Es un hecho válido aunque no sólo para nuestra región geográfica. Sin ser exclusivo de estas tierras, es algo que tiene a la vez una connotación particular para los pueblos de Nuestra América.

La soberanía de nuestras patrias y la vida entera de nuestros pueblos han estado desde siempre invadidas, coartadas, impedidas y suprimidas por este poder del que bien puede decirse que funda su grandeza en el despojo de lo nuestro y hace su soberbia con nuestra humillación. Pocos pueblos en la tierra han vivido una opresión semejante, pocos como los latinoamericanos han vivido en carne propia los efectos históricos devastadores del imperialismo yanqui. Hasta la Revolución Cubana, con excepciones muy ocasionales, el continente ha sido el coto cerrado de la persecución, el atropello a los derechos y el saqueo por parte de los imperialistas norteamericanos.

Lo que estos países tienen de independientes y estos pueblos de soberanos es lo que han logrado a través de esforzadísimas luchas, sangrientas a menudo. Estamos pues acostumbrados a que nuestra historia se construya en medio de tales terribles condiciones. Pero no estamos resignados a ello.

Dentro de esa perspectiva general de sometimiento y depredación, el advenimiento de Ronald Reagan a la presidencia de los Estados Unidos de Norte América adquiere ribetes propios porque es el encumbramiento de toda una visión acerca de los pueblos del mundo y su destino y más en particular acerca de América Latina. Reagan, es claro, no manifiesta sino la rabia y el despecho del sistema que vive las que son acaso sus crisis decisivas. Con todo, Reagan es su manifestación más sombría y convierte a la agresión en el peligro de la guerra directa, universal.

Todas las formas, las hipocresías del pasado han quedado al margen para ser reemplazadas por una doctrina de dominación pura, global y final. Es legítimo sostener hoy día que el gobierno de los Estados Unidos de Norte América postula un programa de agresión única a la soberanía de los pueblos.

La América Latina, situada en la frontera misma de esta política bárbara y de este poder regresivo es quizá la primera -pero no será la última- de las regiones del mundo en recibir las consecuencias de una provocación total.

El imperialismo yanqui es el responsable directo o indirecto de una cadena de dictaduras cuyo objetivo, con militares o sin ellos, es en todos los casos la subordinación de la soberanía de los pueblos a los intereses de la dominación imperialista, cada día menos sostenible. Son estos regímenes quienes, contrariando las más profundas tradiciones originarias de las repúblicas de Nuestra América, intentan afiliar la zona a la Santa Alianza de los sistemas racistas, colonialistas e imperialistas del mundo.

El imperialismo yanqui es el responsable directo del genocidio que se comete en El Salvador, castigo que se le impone a ese pueblo por haberse lanzado a la lucha por la conquista de su libertad. Se intenta así el aniquilamiento de uno de los pueblos que ha tenido mayores sufrimientos entre todos los sufridos países de Nuestra América.

El imperialismo yanqui en El Salvador no hace otra cosa que dar prosecución a la guerra sin cuartel ni éxito que libró en Nicaragua para defender a Somoza; en Nicaragua, que demostró con las armas que no hay tiranía que prevalezca sobre la soberanía convertida en acción colectiva.

Es el imperialismo norteamericano el que ha organizado y organiza los casos de terror generalizado y global como el que impera en Guatemala.

El imperialismo yanqui es el autor de una larga política conspirativa, y de la desestabilización de casi todos los regímenes democráticos que han existido en la América Latina. De hecho, Estados Unidos es el enemigo de la libertad de América.

Es el imperialismo yanqui el que tiene por meta fundamental e irrenunciable la aniquilación de la revolución socialista de Cuba, y, hasta sin quererlo, la destrucción de los Estados Unidos y del pueblo norteamericano.

Esta es la evolución de los hechos, éste su contenido. Es necesario en consecuencia que nosotros, intelectuales y artistas de Nuestra América, hagamos escuchar nuestra palabra que es también en gran medida la palabra de nuestros pueblos.

La soberanía de los pueblos no es un regalo de nadie ni una lucubración de élite. La soberanía es el alma de los pueblos y la razón de las naciones. La soberanía popular es el fundamento del mundo moderno y la base de la civilización. No es solamente el fundamento político y moral de nuestro tiempo: es también la condición de la paz. Es en este sentido que se puede afirmar que el principio de la soberanía de los pueblos es algo que no se puede negociar, que es un ideal de la humanidad al que nadie podrá derrotar. Los hombres de Nuestra América han nacido en la escuela de la razón de la soberanía del pueblo.

No obstante todo ello, hay un hombre en el poder más grande de la tierra, Reagan, y una nación en el mundo, los Estados Unidos, que se arrojan el derecho a ultrajar y desconocer la sagrada soberanía de nuestros pueblos. Y ese hombre y ese pueblo están asesorados por los teóricos más irresponsables, que sin fundamento empírico o histórico alguno, carentes de lógica, pretenden convallar con sus mentiras abstractas la idea de que el imperio puede atacar a todos los pueblos, incluido al propio pueblo norteamericano. Tal es la inmensa y compleja agresión que vive hoy en día, en una escala jamás conocida, la América Latina.

De la resolución de este desafío dependerá si los latinoamericanos se convierten más pronto o más tarde en hombres libres y en pueblos soberanos. Y no sólo esos pueblos sino los del mundo entero.

Denunciamos por ello una política que es criminal y cada día más criminal, que supone que una nación y un hombre han recibido el mandato de exterminar y oprimir a los pueblos de América y del mundo.

Proclamamos el derecho de los pueblos a resistir la invasión aberrante de sus derechos más legítimos de vivir y pensar.

Sostenemos el derecho a la solidaridad con los pueblos que defienden su autodeterminación y su historia porque la solidaridad es freno a la intervención y porque la intervención es algo que se hace siempre contra los pueblos.
